

Llamémosle Olvido
Juan Morilla
Texas Tech University

Llamémosle Paula. Le quedan dos asignaturas para licenciarse en Publicidad. Está deseando acabar la carrera para no tener que coger más este tren que la trae desde las afueras de Madrid. Aún se le caen los párpados del sueño que tiene. Me entran ganas de sentarme junto a ella y dejarle que repose su cabeza en mi hombro. Le ha dicho a su madre que esta noche no dormirá en casa porque se va a quedar en la de una compañera terminando un trabajo que tienen que entregar mañana, pero en realidad la va a pasar con su novio aprovechando que su piso se queda vacío. Quizá, después de hacer el amor, le susurre por primera vez un te quiero.

Llamémosle Mateo. Viste un elegante traje, aunque bien sabe que es el disfraz tras el que se esconde la gran mentira. Se dedica a vender un producto que es un engaño. Todo ello a cambio de un salario ridículo. No tendría más remedio que mirar al suelo si ahora mismo se le apareciera el quinceañero de aires guevarianos que fue, aunque le pediría un poco de comprensión haciéndole ver que todos los meses tiene que sobrevivir a una hipoteca salvaje, su cadena perpetua. Lamenta que en la vida no exista la opción Control + Z. A través de uno de los ventanales del vagón, como si una película estuviera rebobinándose, va dejando atrás, una tras otra, decenas de urbanizaciones en cuyas casas habitan familias llenas de felicidad. O no. Con disimulo, de vez en cuando devuelve su mirada al interior para observar de reojo la tierna belleza de Paula. Es verla y recordar aquellos irrepetibles años en la Universidad, el amor que se quedó en la facultad, todo lo que ya pasó, lo que él creía que iba a ser, lo que está siendo. Piensa que esto ya sólo lo remedian cinco y el complementario en la Lotería Primitiva. En su cartera lleva el boleto que, ojalá, le deje dormir en paz por las noches.

Llamémosle Irina. Pongamos que llegó hace tres años desde Bielorrusia y que ya se maneja bien en castellano. Es la única que está haciendo el viaje de vuelta. Ha salido a las siete del bingo donde sirve las copas que se beben quienes confían su dinero a la caprichosa suerte. Antes de cerrar, un cliente habitual le ha puesto cinco billetes de cincuenta euros encima de la barra con tal de irse juntos. No es la primera vez que lo hace: empezó con uno y dice que ya no sube más su oferta. La tentación es muy grande, pero el mismo día que encontró este trabajo juró por su hijo que nunca más alquilaría su cuerpo. "Ni por un millón de euros", se prometió, clavándose sus propios ojos a través del espejo de la entrada del piso que comparte con un par de chicas que aún no han corrido la misma fortuna. El pequeño sigue en su tierra con la abuela. Sueña con que pronto lleguen esas mañanas en las que salga con prisa del bingo porque tenga que llevarlo al colegio.

Llamémosle Penélope. Mira su reloj. Respira profundamente. Lleva puestos unos auriculares en los que suena música chill out. Quiere relajarse, pero está tensa. En hora y media tiene un casting para un nuevo musical y quiere llegar con tiempo de sobra para calentar bien la voz. En los dos últimos que hizo se quedó a las puertas, pero está convencida de que encaja perfectamente en un papel que hay en éste. Una bufanda protege su garganta. Antes de salir, le pidió a su madre que rezara a quien ella sabía que tenía que hacerlo. Entre volver a cantar este fin de semana con su grupo de toda la vida y tener que dejarlos porque la han seleccionado hay una diferencia abismal, pero un solo paso. Éste. Vuelve a mirar el reloj.

Llamémosle Jacinto. Humedece con la lengua el dedo índice antes de pasar una página del periódico. Las gafas parecen resbalar por su nariz. Sólo ha levantado la vista por encima de las lentes cuando vio entrar a Irina. Es el radar masculino. Entre las piernas sostiene un diminuto macuto de Doraemon. Desde que lo prejubilieron es el encargado de llevar a su nieta a la guardería. Cuando la deja, va al mercado y le hace la compra a la hija. Quiere sentirse útil. Reivindica que aún tiene edad para serlo, que le queda cuerda para rato, que lo echaron del trabajo cuando aún no le tocaba. Por eso, por las tardes hace un curso para convertirse en voluntario del Museo del Prado.

Alguien se ha dejado su mochila. Llamémosle Olvido.

Nota: El pasado 11 de marzo se cumplieron diez años del múltiple atentado terrorista en los trenes de cercanías de Madrid. Murieron 191 personas y casi dos mil resultaron heridas.